

Mareta en la madrugada

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Bajo el incentivo de la noche y el silencio, Pura volvía a ser la atrevida mozuela de otro tiempo en el merodeo nocturno.

Quieta, en su asiento de popa, lista a empuñar el canaleta cuando fuese necesario, la negra se mantenía alerta, atenta a percibir e identificar los más leves rumores en la compacta oscuridad. Desde el asiento de proa Roberto Aguirre le susurró:

—Poné cuidao por el lao de la aduana. Si podemos pasar esta estrechura sin que nos sientan, estamos salvaos.

Ella guardó silencio. La champa se deslizaba como una sombra, bordeando la costa de Puerto César. En cierto momento debieron pasar a menos de trescientos metros del edificio aduanero. Elevada sobre un alto mástil, en lo alto de la caseta de vigilancia, una lucecita roja naufragaba en la oscuridad. Nadie hubiera podido verlos desde la orilla, ni aún estando al acecho. Pero existía la posibilidad de que alguna de las champas del resguardo navegase por ahí a la deriva, utilizando la misma técnica de Aguirre.

Media hora más tarde, sin embargo, el contrabandista se consideró libre de todo peligro. Habían virado hacia las bocas del río León y creían mantenerse en ruta aunque solo se guiaban por el instinto y la experiencia.

—Va a haber mareta —dijo él intranquilo.

—Sí parece...

—¿Tenés miedo, Pura?

—No señó...

Aguirre se sintió confortado y dijo:

—En una hora llegaremos. Si no estuviera tan oscuro...

Sopló una racha fugaz, seguida de fuerte ola. La canoa se encabritó y saltó por encima. Entró un poco de agua y se les mojaron las ropas.

—Pura...

—Señó...

—No te veo.

—Ta oscuro.

—Tenete bien que la marea está arreciando. Dale a la derecha.

—Usté puntela y pierda cuidao —dijo Pura brevemente.

En un momento de calma Aguirre se deslizó hacia la mitad de la canoa para comprobar la seguridad de su cargamento. Allí estaba la pesada caja de pino. Diez mil cartuchos para revólver iban dentro y había que dejarlos a la madrugada en la fonda de Gamba para que la recogieran los hombres del cojo Gómez. Era su primera comisión directa al servicio del contrabandista español y quería llevarla a cabo felizmente.

El viento soplabá ahora sin cesar y las olas se tornaban más fuertes. Pero avanzaban. La única luz en la noche —aquel bombillito solitario de la aduana— se había perdido. ¿Por qué?

—¿Estás cansada, Pura?

—No señó.

—Hice mal en haberte traído...

—¿Por qué?

—Estando así... Tal vez va a hacerte daño. Pero como vos te empeñaste...

—Había que traé, el peltrecho.

—Claro. Pero yo debía de haber buscao un hombre.

—Usté no le quería contar a nadie.

—No. Claro. Es un asunto delicao.

Pura guardó silencio. Realmente estaba un poco cansada, pero le satisfacía mucho estar ayudando a su hombre en un asunto serio.

Cuando esperaban que el tiempo iba a calmarse, comenzó a llover torrencialmente y el mar seguía picado. Roberto trató de pasarle su impermeable a la mujer para que se protegiese, y en la apresurada maniobra perdió el canaleta.

—Malditasea.

La champa estuvo a punto de zozobrar. Pero era buena y logró mantener su estabilidad.

—Pura.

—¡Señó!

—Carajo. Qué susto. Creí que te habías ido al agua... Se ahogó el canaleta. Pasame el tuyo.

Ella se lo alargó y recogió el abrigo que por milagro no se había perdido con el bandazo. Tenía alguna experiencia de situaciones semejantes. No dijo nada. Dejó que el hombre recobrase su serenidad sin hablarle. Se envolvió toda en el impermeable, y deslizándose a lo largo de la embarcación tomó una posición descansada, ahora cuando su actuación era imposible. Halló en uno de los bolsillos un frasco de ron y se lo pasó al marido. El lo recibió y bebió un largo trago.

—Lástima del canaleta.

—Era bueno.

—Bueno. ¡Y ahora que lo necesitamos tanto!

Luego agregó con tono casi paternal:

—Abrigáte bien y tomate vos un trago... Seguro que no te hace mal.

Desde que desembocaron del caño a la bahía, habían transcurrido cuatro horas. Tal vez seis. Pero al contrabandista le parecía que aquella duraba más que todas las anteriores de su vida. Continuaba lloviendo en firme. Mas como el viento empezaba a amainar, el temporal no ofrecía peligro. Estaba empapado pero el agua dulce nunca resulta desagradable cuando se está en el mar. En cambio el cansancio era agobiador. Si al menos hubiera un poco de claridad. Cómo la deseaba ahora. Aun no podía distinguir la silueta de Pura en el extremo opuesto de la embarcación. La imaginaba allí, quieta, aterida, impasible, y todo esto le deprimía. Dijo algo por librarse del opresivo silencio:

—Creo que ya pronto va a amanecer.

—Había olvidado el reloj, pero se consoló pensando que de nada le serviría tenerlo, puesto que los fósforos mojados le resultaban inservibles.

Canaleteó de nuevo, al acaso, temeroso de perder el rumbo.

Ahora no estaba muy seguro de haberlo conservado durante la ciega navegación, aunque todas aquellas aguas le fueran familiares.

La calma se restableció cuando empezaron a asomar perezosamente las luces del alba. El mar había quedado liso, poco menos que inmóvil, y la lluvia había cesado. A lo lejos, hacia el oriente, fue dibujándose la línea de la selva y Aguirre pudo orientarse con certidumbre. Comprobó que se había desviado hacia el lado de las bocas del Atrato, y entonces viró fatigosamente. Cuando le hubo obedecido la canoa, se abandonó un momento para descansar.

Antes de que pudiera oponerse, Pura vino a tomarle el canaleta y se colocó en el banquillo de proa. El aceptó, extenuado, sin decir nada, y se sentó en mitad de la champa, sobre el cajón de pino de los pertrechos. A medida que adelantaba el amanecer, iba precisando mejor la silueta de su mujer que le daba la espalda. La inacción obligada que mantuviera durante el temporal, había conservado sus fuerzas. Llevaba un ritmo seguro y regular y marchaba en línea recta hacia la boca del río, ya visible en la distancia por la solución de continuidad en la faja terrestre del horizonte.

Sin embargo cuando salió el sol, la tierra apareció aún muy lejana. A medida que habían avanzado, la gran corriente de agua dulce que se adentraba en el mar, hacía más rudo e ineficaz el trabajo de Pura. Roberto, recuperado, volvió a proa y reanudó la brega desesperadamente.

A todas sus contrariedades y fatigas se sumaba ahora el temor de ser sorprendido por los aduaneros, que en ocasiones bajaban en su lancha, patrullando la mañana después de haber dormido en uno de los puestos de vigilancia, más arriba de las fundaciones de Gamba.

El haberlo previsto fue apenas una cosa natural. Luchaban precisamente por evitar la corriente fluvial hasta llegar a la costa, cuando un motor de gasolina se dejó oír a lo lejos por la parte de proa. De nada hubiera servido tratar de huír o de esconderse. Sabían que iban a cruzarse con quien fuese, sin posibilidad alguna de evitarlo.

Aguirre no pensó más que en el nuevo peligro, pero la muchacha se mantuvo tranquila. Otras veces se viera en trances periclitados, cuando Taita Rupo, el abuelo, la obligaba a tripular con él la canoa en cualquiera de sus furtivas andanzas. Sabía mostrarse impasible delante de los extraños, aunque estos fueran sus enemigos y estuvieran armados con los grandes revólveres de reglamento. Su capacidad de disimulo había engañado muchas veces a la gente del gobierno. El hombre se sorprendió de oírla, esta vez más despabilada y segura que nunca, como si no se hubiera visto sometida a casi toda una noche de inclemencias, con todo y su embarazo de cinco meses.

—No s'asuste. Verá que no pasa nada.

La caja de municiones, único cargamento a bordo, tenía en verdad un aspecto bastante inofensivo. Podía pasar, a cierta distancia, por el improvisado baúl de una criada en viaje.

—Verá. Déjeme a mí.

La expectativa no fue larga. Cuando se produjo el encuentro inevitable, descubrieron que se trataba de la lancha de la Misión Carmelitana que bajaba cargada de bananos para el internado indígena de Punta de Vacas. Iba al timón el padre Luis, y solo le acompañaban tres pequeños indios.

El cura se dio cuenta en seguida de la situación. La sospechó al menos. Ya sería lo de siempre: un par de gruesas de cigarrillos norteamericanos o unas piezas de seda japonesa difícilmente traídas de Obaldía. ¿Para qué preguntar nada a aquellos infelices? Prefería parecer ingenuo antes que dar la apariencia de enterado y tolerante. No era natural, dentro de una lancha de gasolina, que tuviese un canaleta sobrante, y sin este no veía como poder socorrerlos. Otra cosa más eficaz y práctica. Siguió de largo y en menos de un minuto estuvo a medio kilómetro de distancia de ellos.

Entonces miró atrás... Los vio tan solos, tan desvalidos... Adivinó tan nítidamente la fugaz esperanza desvanecida, que de repente, sin pensarlo, volvió atrás para remontar de nuevo el río. Al pasar, con el motor casi apagado, a tres brazas de la champa, largó vigorosamente la manila y gritó al hombre:

—Agárrate, pendejo.

Sin decir más los remolcó media hora. Hasta cuando el techo de zinc de la fonda de Gamba alcanzó a divisarse entre los manglares.

Luego, mientras Aguirre tomaba orilla, no muy seguro de que la pareja pudiera oírle, gritó de todos modos dirigiéndose al merodeador:

—Abrí los ojos, gran carajo, que los guardas están arriba...